

## 2) ESPIRITUALIDAD

S. Gamarra, *Teología Espiritual* (Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos 1994) xx + 312 pp.

En la serie de «Manuales de Teología» de la BAC aparece éste sobre la Teología Espiritual (n. 7). La espiritualidad sigue en alza: bibliografía amplísima, entre ellos algunos manuales en varias lenguas, cátedras que se afirman, casas de oración y espiritualidad que siguen abriéndose, etc. Todo esto era impensable hace sólo algunos decenios. De ahí que demos la bienvenida a este libro al nuevo mercado religioso.

La *estructura* de este género de libros es un tormento para los lectores, profesores y alumnos que comparan un manual con otro, ninguno semejante ni parecido al otro, casi ninguna coincidencia con los demás. Esto no siempre es culpa del autor, sino de la ambigüedad del término y la realidad de la «espiritualidad». De ahí que cada profesor, cada autor organiza la materia según un esquema preconcebido porque en espiritualidad varios esquemas son posibles y válidos. Basta que cada autor o profesor justifique su propio esquema.

Por lo que se refiere al *esquema* del manual que presentamos, el autor lo divide en 10 capítulos llenos de divisiones y subdivisiones, buena ayuda pedagógica, pero que llegan a veces a molestar al lector no alumno. I: «Identificación de la Teología Espiritual», donde informa sobre el ingreso de la espiritualidad en el plan de estudios teológicos y la relación con la dogmática y la moral. II: «¿Hay cabida para la espiritualidad hoy?», donde explica su propia concepción de la espiritualidad después de haber aludido a los «reparos» que se le hacen desde otras ciencias, proponiendo al mismo tiempo una nueva formulación de la vida espiritual desde la antropología, el contexto socio-cultural y el proceso evolutivo de la persona, y formulando las características de esa espiritualidad. Estos dos capítulos vienen a ser introductorios de los temas nucleares del tratado, que son los siguientes:

En los caps. III-IV desarrolla lo que se puede llamar la «identidad cristiana», o sea, la «vida en Cristo» y la «vida en la Iglesia». Los temas de la divinización del cristiano, la funcionalidad del Espíritu Santo, la mediación de la Iglesia, misión y capacidad mediadora a través de los sacramentos, etc., se vertebran desde las bases dogmáticas de Cristo y la Iglesia. A continuación, en los caps. V-VI expone lo que se puede llamar «expresión de la vida en Cristo», fijándose en dos muy fundamentales: la caridad y sus correlativos de fe y esperanza y la nueva referencia a la afectividad en la vida espiritual (cap. V); y la oración desde la situación actual, la antropología humana y cristiana, formas, contenidos, pedagogía, etcétera (cap. VI).

El cap. VII aborda el tema de la «santidad bajo el título de «Llamados a vivir la vida cristiana en plenitud» desde el crecimiento en Cristo, en la

Iglesia, el Espíritu Santo y en la propia vocación. Desdobla el tema para hablar de «posibles planteamientos del ideal cristiano», santidad-perfección, formulándolo desde la unión con Dios, y la imitación o seguimiento de Jesús.

Los tres últimos capítulos están dedicados al pecado, tratado de modo exageradamente amplio, a mi modo de ver (cap. VIII), el «proceso de la vida espiritual», es decir el crecimiento en la santidad que supone un dinamismo de maduración psicológica y sobrenatural que la tradición expresó con los términos de vías o grados de la vida espiritual; curiosa al menos me resulta, aunque no fuera de lugar, la integración de la persona mediante la caridad y la experiencia religiosa en este capítulo (cap. IX). Por último, la ascesis y otras mediaciones (cap. X).

Éste es el panorama que nos ofrece el autor, suficientemente completo en cuanto a la temática, bibliografía, tanto al principio de los capítulos como en las notas respectivas. Da la impresión de que ha sido una preocupación del autor el confirmar lo que dice con autoridades ajenas, de decir todo sobre el tema tratado, lo cual obliga al esquematismo y al rigor lógico, lo cual es de agradecer, pero puede hacer la lectura más pesada. La ordenación del material es otro asunto, que cada uno resolvemos de manera diferente. En su conjunto, lo juzgo un buen «manual» de Teología Espiritual que podrán usar no sólo los alumnos de las Facultades de Teología, sino personas formadas en teología y en espiritualidad. Abunda la información, quizá más que la reflexión, pero eso no invalida la obra. Puede ser una buena introducción sintética a las materias tratadas y sugere para seguir leyendo la bibliografía aducida.

Como elementos negativos, además del esquematismo, la multiplicación de divisiones, que produce sequedad y un cierto hastío, la bibliografía referida a los manuales, diccionarios, historias de la espiritualidad (pp. 7-11) es bastante deficiente; a veces se nota un cierto tono moralizante y crítico, aunque no es abusivo; y otros pequeños detalles que no invalidan este completo «manual».

Daniel de Pablo Maroto

R. Panikkar, *La experiencia de Dios* (Madrid: PPC 1994) 95 páginas.

El título centra bien el tema tratado en este breve pero denso escrito. Se abre sin introducción alguna que explique el origen y el para qué de estas páginas. Sabemos por otro camino que recoge las conferencias que el autor dirigió a un grupo de profesores de religión en el monasterio de Silos en 1992.

Se abre el librito con una serie de propuestas, nueve, no sobre Dios, sino para «situar el lugar donde el discurso pueda ser adecuado, tener sentido y resultar fecundo» (p. 7): hecho desde el silencio interior, con

un peculiar lenguaje, desde todo el ser, común a todas las religiones y creencias, si bien mediatizado por ellas, lenguaje simbólico, no analógico (pp. 7-15).

Centra después la reflexión sobre *la experiencia de Dios*. Primero, un *a priori*, que es «el silencio de la vida»: «arte de saber silenciar las actividades de la vida que no son vida para llegar a la experiencia pura de la Vida» (p. 20). Luego, la «definición de la experiencia», distinguiendo la experiencia pura, la memoria del momento de la experiencia, la interpretación y la envoltura cultural (pp. 21-22). Núcleos fuertes de su pensamiento son los que denomina «fragmentos en torno a la experiencia de Dios» (p. 34), variaciones sobre el mismo tema llenas de frases fuertes, sugerencias. Por ejemplo, cuando escribe: «Filosófica y teológicamente cualquier experiencia de Dios es idolátrica» (p. 34). Pero centra la posibilidad y la necesidad de la experiencia de Dios en la pura ignorancia. «El ser humano es plenamente humano si hace la experiencia de lo divino; si no, no llega todavía a integrarse en lo humano» (pp. 34 y 37). Experiencia de pasividad, porque la iniciativa proviene siempre de Dios de tal manera que acontece en el hombre y es consciente de ella (pp. 46-48).

El tercer capítulo lo dedica a la «experiencia cristiana de Dios» (pp. 51-73). Divagaciones sobre Dios uno y trino, Cristo y la necesidad de tomar contacto con la experiencia de Jesús de Nazaret y con Jesús transhistórico como única experiencia válida (pp. 59-60). Concluye sus reflexiones con un tema siempre actual y apasionante: «Los lugares privilegiados de la experiencia de Dios» (pp. 77-94). A muchos les extrañará que el autor hable del «mal» como lugar de experiencia religiosa; y si le agradará que recuerde «el silencio» y «el tú». El mal es el «misterium iniquitatis» y, por lo mismo, ininteligible, desafío para el monoteísmo (pp. 78-79). El hombre puede encontrar a Dios, lo trascendente, después de la transgresión (p. 81).

Como conclusión de este recorrido, podemos decir que no es un libro erudito, sino pura reflexión filosófico-teológica sobre el problema de Dios y el discurso que el hombre puede hacer sobre Él penetrando en su misterio a través de la experiencia. El opúsculo carece de todo aparato que le dé apariencia científica, pero, en realidad, es una aportación muy seria. Las referencias a las filosofías o doctrinas (bíblica, griega, hindú, musulmana, filosofía moderna) son puras alusiones, suficiente montaje a veces para elaborar una profunda reflexión. El libro dice más de lo que a primera vista podría sospecharse, ya que todo está dicho de modo muy personal y con profundidad. Por otra parte, el discurso se sigue generalmente sin dificultad porque sobresale la claridad del lenguaje y la reflexión.

Daniel de Pablo Maroto

S. Juan de Ribera, *Sermones. Sermones de los tiempos litúrgicos. IV: Sermones del 199 al 261. Eucaristía - Final de Pentecostés*. Primera transcripción de los originales autógrafos, notas y estudio preliminar de Ramón Robres Lluch (Valencia: Ediciones Corpus Christi 1994) 376 pp.

La proyectada edición de los *Sermones* de San Juan de Ribera va adelante y a buen ritmo desde el año 1987, en que se publicó el I volumen, hasta el IV, que ahora presentamos de los seis previstos. Con éste se cierra todo el ciclo litúrgico que comenzó en Adviento. Los siguientes estarán dedicados a la Virgen María, los sínodos, pláticas a sacerdotes y religiosos, honras, moriscos y otros (V), y al santoral (VI).

El volumen se abre, sin introducción ni nota de referencia alguna, con el sermón 199, lo cual no deja de extrañar al lector, que esperaría una conexión con lo hecho con anterioridad y la prosecución de la obra. Fuera de este pequeño incidente, hay que decir, en abono de la obra y del editor, que representa una empresa de gran envergadura en la historia de la Iglesia española del siglo XVI, de su teología, su pastoral y su espiritualidad. «Predicaba como un Santo Padre», decían sus contemporáneos, seguramente aludiendo al fundamento bíblico y patristico en que apoyaba el contenido doctrinal y su dimensión espiritual y celo pastoral. San Juan de Ribera es uno de nuestros clásicos predicadores como pastor de su Iglesia, por eso una edición de sus *sermones*, que todavía estaban inéditos, es una empresa editorial de primera magnitud que tenemos que saludar con gozo.

En cuanto a la presentación es, en verdad, artística. La ejecución técnica es también muy esmerada. Datos que pueden interesar al lector, como la localización del sermón en el manuscrito y páginas correspondientes, lugar y fecha de la predicación, indicación preciosa para seguir las andanzas pastorales del predicador, que van desde Valencia y Alicante, a veces en los pueblos como Alcoy, Puzol, Cocentaina, Cortes de Arenoso; Extremadura (Badajoz, Frejenal de la Sierra, Zafra); rara vez en Sevilla (sermón 200) y Madrid (sermón 213), y en pocos más. Los *temas* de los sermones dominantes en este volumen son los del Stmo. Sacramento (sermones 199-232) y Pentecostés (sermones 233-261, desde el 3.º al 21.º domingo), siguiendo el ritmo de la liturgia del siglo XVI. Los años oscilan entre 1563 y 1591, salvo error de cómputo; algunos no los ha podido datar ni situar en algún lugar y están justamente señalizados. La *ordenación* no sigue la secuencia cronológica ni geográfica, sino *temática*. A veces se puede observar que ha predicado dos sermones en un mismo día. Todos estos datos, aunque parezcan de poca importancia, sirven de aproximación a la historia de la espiritualidad del siglo y a la actividad de San Juan de Ribera.

Más datos técnicos, que enriquecen la edición, son los siguientes. Las líneas están numeradas; traduce en las notas al pie de página los textos latinos que usa el predicador con mucha abundancia. También ilustra el

texto con otra serie de notas más técnicas, como citas de autores clásicos, Santos Padres, etc., con referencia una edición existente en la biblioteca del Santo o en ediciones posteriores, como Migne, además de otras informaciones históricas de interés.

Por todo lo expuesto se puede apreciar que estamos ante una obra que tenemos que saludar con gozo todos los interesados en la historia del siglo XVI bajo muchos aspectos: el literario, el teológico, el espiritual, el pastoral, el histórico. Todo trabajo que exhume reliquias del pasado para ser estudiadas desde el presente y para el presente tiene que ser aplaudido. Por eso damos la bienvenida a este trabajo y nos congratulamos con el editor.

Daniel de Pablo Maroto

R. Garaudy, *¿Tenemos necesidad de Dios?* Introducción del Abbé Pierre (Madrid: PPC 1994) 199 pp.

La finalidad del libro, según el autor, no parece concordar mucho con la pregunta planteada en el título: «hacer un llamamiento a cada uno a tomar conciencia de que es personalmente responsable» del Reino de Dios (p. 198). Además, el camino que recorre es muy complejo, como ha sido compleja su trayectoria existencial. Comunista primero, luego cristiano, y, finalmente musulmán, luchando siempre en la frontera de la ortodoxia de las ideologías que lo han acogido en su seno. Este anciano luchador (nació en Marsella en 1913) quiere en este libro dejar a las generaciones futuras un «testimonio» de su fe y de su cultura, que transforme la pregunta inicial del título en una respuesta sobre la necesidad de Dios que tiene el hombre moderno. Lo que se deduce del libro es que el verdadero problema no está en preguntarnos por la necesidad de una revelación de Dios y una teología, sino de qué Dios y de qué teología se trata.

Muchos, quizá, se sentirán decepcionados al leer el libro y otros recibirán una agradable sorpresa. En realidad, no es una respuesta a la pregunta sobre la «necesidad de Dios», al menos directamente y de un modo claro. El proceso es más sinuoso, convergente en la «conclusión» final, donde queda afirmada de modo explícito (p. 193). Del laberinto de notas históricas sobre el cristianismo y otras religiones, de las especulaciones críticas sobre el pasado que hace el autor, queda —creo— abierta la puerta a la esperanza; tenemos necesidad de Dios («la mayor necesidad de nuestra época», escribe, p. 194). La religión debe ser fuerza de paz, no de guerra (pp. 194-195), y así lo será si se superan los errores del pasado.

Se embarca en la primera parte en una serie de elucubraciones exegéticas e históricas sobre lo que él entiende por «evangelio de Pablo», fundado en «tradiciones» y que es «una de las fuentes teológicas de los Evangelios» (p. 27), o «la base interpretativa de los Evangelios» (p. 57. Cf. casi íntegra la parte I, pp. 25-80); sobre el Reino de Dios, el desarrollo históri-

co del cristianismo desde Constantino en adelante. En ese tiempo se forjó el «paulinismo político», ideología centrada en Occidente y próximo Oriente, hormada por la cultura grecolatina y las estructuras administrativas del Imperio romano. Como escribe el autor, el mensaje de Jesús se difundió, a través de Pablo, «en el marco judío... en el de la filosofía griega y en el de la organización romana» (p. 117). Esas mismas coordenadas históricas y culturales llegan hasta nuestros días (pp. 81-109), como lo demuestran ejemplos históricos como el «agustinismo político (Edad Media), el de Lutero, el del colonianismo, el de la lucha actual contra las teologías de la liberación y el del *Catecismo católico* de 1992» (p. 85).

Todo esto pertenece a un planteamiento del pasado. Por eso, después de ese recorrido histórico lo lógico es que proponga un proyecto ambicioso de futuro fundado en un ecumenismo integral, en la necesidad de un encuentro del cristianismo con otras religiones. Sería el modo concreto de pasar de la «teología de la dominación» a la «teología de la liberación» en un verdadero diálogo difícil Norte-Sur (Parte II, pp. 113-191). Las últimas páginas de esta segunda parte las dedica a elucidar sobre «el ateísmo, momento necesario de la fe»; y a «cómo hablar de la fe a un hombre irreligioso» (pp. 157-191).

Estamos ante una obra llena de páginas brillantes, sin duda, llenas de erudición, aprovechables para fines ecuménicos y para una revisión autocrítica en el seno de las Iglesias cristianas occidentales, sin que quiera esto decir que aceptemos lo que dice sobre la actuación en la evangelización de América o la «nueva evangelización» propuesta por Juan Pablo II (pp. 141-144, donde insiste en que ese proyecto se fundamenta en los errores del pasado: el etnocentrismo del cristianismo occidental, etc.).

Quiero hacer notar, como elementos negativos de bulto, que no se ha cuidado mucho la traducción, siendo una mera reproducción del original. Me refiero, sobre todo, a la metodología. Por ejemplo, se hacen referencias a autores cuyas obras están traducidas al castellano, y deben citarse en una traducción. Otros, que escriben en castellano, son utilizados en francés por el autor, y el traductor no se ha preocupado de citar el original, etc. Debe tratarse de un error material o de traducción el decir que «Cervantes escribe un siglo antes del descubrimiento del Nuevo Mundo» (p. 189).

La obra invita a ser leída despacio, meditadamente, con reposo, como ha sido escrita, porque tiene muchas sugerencias válidas entre tanta crítica a veces molesta.

Daniel de Pablo Maroto

L. Villasante, *El camino cristiano según Ángeles Sorazu* (Madrid: ABL Editor 1994) 495 pp.

La M. Ángeles Sorazu fue una monja concepcionista franciscana nacida en Zumaya (Guipúzcoa) en 1873 y muerta en el convento de Valladolid

en 1921, habiendo sido abadesa ininterrumpidamente desde 1904. Pocos años después, su fama de mística experimental corrió por el mundo entero mediante la publicación de sus escritos, biografía y estudios. Después, en la década de los cincuenta, sufrió un oscurecimiento y ha vuelto a brillar desde la década de los ochenta. Esta obra es un ejemplo más de la actualidad de la Madre M.<sup>a</sup> Ángeles Sorazu, de la que sale bien parada como una verdadera maestra del espíritu.

Es difícil encuadrar esta obra dentro de la bibliografía actual sobre espiritualidad. Quizá el mejor modo de juzgarla sea decir que es la descripción o sistematización de un «camino cristiano» objetivo a través de la experiencia subjetiva de la protagonista. Por tanto, es una especie de teología espiritual narrativa en la que la vivencia de la M. Sorazu sería el cañamazo sustancial para la elaboración doctrinal o ideológica. Biografía y teología espiritual juntamente, o fenomenología sobrenatural tras de la que andan teólogos y espirituales. Una de las buenas cosas que tiene la obra es el uso abundantísimo de los textos. Prácticamente se puede decir que es ella la que traza el camino, y el autor no hace otra cosa que organizarlo en torno a una concepción personal de la vida espiritual. La duda que nos queda es si ése es el camino subjetivo-objetivo de la M. Sorazu o es un relleno de una concepción del camino espiritual tal como lo piensa el autor de la obra. Digo esto porque, como es sabido, no hay unanimidad entre los tratadistas de teología espiritual a la hora de trazar lo que se puede llamar el «camino» ideal cristiano configurador de la santidad.

En dieciocho capítulos ha condensado los puntos básicos de ese «camino», por supuesto no todos de la misma importancia. Centrales me parecen los que dedica a la «primacía de Dios» (cap. IV), a la vida mariana (cap. III), la centralidad de Jesucristo en el proceso espiritual (cap. V), que reaparece constantemente en la experiencia mística, o «gracias de predilección», como dice ella (cap. VII), en el sufrimiento de la pasión en unión con Cristo (cap. X), la Biblia y la liturgia como fuentes de vida espiritual en un momento en que todavía no estaba desarrada ni en los libros de espiritualidad ni en la praxis eclesial (cap. XIII), la oración personal (cap. XV); y, por supuesto, los grados de la vida mística (cap. IX). Concluye la obra con unas reflexiones sobre «El carisma de la M. Sorazu» (cap. XVIII), y un «índice alfabético de materias». Otros son más biografía que tratado de teología espiritual.

Es difícil hacer una síntesis de lo que el autor expone en esta amplia obra. Pero insisto en que la riqueza está en lo que la M. Sorazu dice a través de los textos de su *Autobiografía*, sus *Cartas*, su tratado de la vida espiritual: *La vida espiritual coronada por la triple manifestación de Jesucristo*, y algunas más, todas ellas publicadas. Esos textos son los que abren el apetito del lector para buscar más originales en los que encontrar lo que aquí falta. Pero lo que se dice y se sugiere es mucho.

Sí quisiera indicar que existen muchas repeticiones de los mismos datos biográficos, de las mismas ideas en distintas páginas. Todo se hubie-

se solucionado colocando al principio de la obra una breve *Biografía* de la protagonista. Muchas páginas de esta obra estarían de sobra y el lector sabría solucionar algunas dudas que le sugiere la lectura. Quizá también no hubiera estado de más una especie de *ideario* o terminología más usada por la M. Sorazu, especialmente en las cuestiones místicas.

En conjunto puede ser una buena obra que dará a conocer un aspecto muy importante de la vida cristiana hoy que es la mística, siempre que se tome ésta como profunda experiencia de Dios y no los epifenómenos que la acompañan. En esto la M. Sorazu se mueve dentro de la más pura ortodoxia doctrinal; admirable ejemplo de cómo una persona casi inculta ha expuesto con claridad admirable los misterios del dogma cristiano.

Daniel de Pablo Maroto